

Muerte, angustia y miedo

Viernes 26 de enero de 1976

Tiempo y muerte, esos temas están subordinados a la búsqueda de la significación del ser del ente, búsqueda que en sí misma no proviene de una curiosidad de explorador, búsqueda que es esencial al hombre, característica de su esencia, de su *esse*. El ser en tanto ser es ya ser-en-cuestión. Esa esencia en cuestión equivale al ser-ahí en cuanto humanidad del hombre que es un ente cuyo ser equivale a la esencia en cuestión. Esta puesta en cuestión es también una precomprensión del ser y se realiza a guisa de tomar a cargo. Tomar a cargo en el *Dasein* y carga impuesta de la manera más irrecusable, al punto de convertirse en carga mía y propia. Este superlativo asume también el sentido de *mienneté*, de suerte que el ser en tanto ser-en-cuestión es asunto de ipseidad. Este tomar a cargo es un modo del a-ser de lo humano (à-être), que se explicita como ser-ahí, como ser-el-ahí (être-le-là), el cual se explicita como ser en el mundo, el cual se explicita como preocupación, el cual se analiza mediante una triple estructura: ser-ante-sí (ek-sistencia) en tanto que desde-ya-en-el-mundo (facticidad) junto a las cosas (dispersión o derelicción en medio de las cosas).

A partir de allí, Heidegger intentará reunir la totalidad o la integralidad de los distintos momentos liberados por el análisis. Y al interior de esa preocupación por pensar las estructuras del *Dasein* en su conjunto reencontraremos nociones tales como el tiempo y la muerte. ¿La totalidad del ser humano acaso no es su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, acaso no es el tiempo que ésta cubre? Y ese tiempo que cubre, ¿acaso no es la suma de los instantes transcurridos? La muerte, que marca el fin del tiempo, ¿es la totalidad y el ser propio al *Dasein*? ¿No habremos utilizado aquí conceptos vulgares (elaborados a partir de un modo inauténtico y no a partir del modo auténtico del *Dasein*)?

Hemos mostrado que el morir entendido como término de una serie de unidades temporales no se aplica a las estructuras estrictamente existenciales del ser-ahí, e incluso las contradice. En el morir así comprendido el ser-ahí

es desde ya interpretado como ser de una realidad expuesta “a la aventura”²⁰ y conforme al modo de ser de un ente intramundano. De allí la tentativa de pensar la muerte, el fin del *Dasein*, en función de su estructura existencial. La muerte no es, por eso mismo, el término de una duración compuesta de días y noches, sino una *posibilidad* siempre abierta. Posibilidad siempre abierta que es la posibilidad más propia, exclusiva del Otro, posibilidad desoladora, posibilidad extrema e irrebasable. “La más propia” designa su vínculo con *la mienneté*, el que desde a-ser conduce a ipseidad. Pensada hasta el extremo, la *mienneté* es la mortalidad: sólo el Yo muere, y sólo un mortal es un Yo.

Esta posibilidad “más propia” no es algo que acaezca al *Dasein* “con ocasión de”. Es una posibilidad a la cual el *Dasein* se encuentra *desde ya* adscrito. Este desde ya es atestado por una *Stimmung*: ser librado a la muerte pertenece ya al ser-en-el-mundo sin que el *Dasein* tenga conciencia expresa de ello. Ese pasado ya pasado es atestado a través de la *angustia*.

La angustia es emoción, y la emoción posee siempre en Heidegger dos intencionalidades: un *de* y un *por*. Tengo miedo *del* perro y temo *por* mí. Ahora bien, en la angustia ambos aspectos coinciden. La angustia es angustia *de* la muerte *por* parte de un ser que es precisamente ser-para-la-muerte. El poder-ser se encuentra en peligro de muerte, pero el poder-ser es precisamente lo que amenaza.

Esa emoción no es temor de terminar su vida, es la apertura del hecho según el cual el *Dasein*, en tanto arrojado al ser, existe hacia el fin. El *Dasein* tiene que ser, pero tener que ser es también tener que morir, con lo que reencontramos la facticidad. Mas también encontramos el momento de la decadencia: la ignorancia de la muerte que caracteriza la vida cotidiana es una modalidad del ser-para-la-muerte, una huida que atesta una relación con esta angustia. El *Dasein* muere, de hecho, mientras existe, pero en el modo de la fuga, de la

²⁰ El término en francés es “devanture”. Juego de palabras a partir de “devant” (delante) y “aventure” (aventura) y que alude al anticiparse o precederse a sí mismo del *Dasein* en cuanto aventura propia al ser que debe hacer su ser. N. de T.

caída. Se huye de la muerte manteniéndose junto a las cosas e interpretándose a partir de las cosas de la vida cotidiana.

Heidegger muestra así la determinación originaria del ser-ahí por parte del ser-para-la-muerte. Conducirá más lejos el análisis tomando como punto de partida ese ser cotidiano que es fuga ante la muerte, y que por lo mismo es también reconocimiento verdadero de la muerte. Esta huida es más propiamente un ser-para-la-muerte que la manera en que uno se calma para pensar la muerte.

¿Cómo se muestra en la cotidianidad este ser para la muerte? El sí mismo no ha desaparecido en la huida, pues si así fuese el mismo ser-ahí habría desaparecido, pero se encuentra en pérdida de sí (lo que es aún una manera de ser sí, de ser una *mienneté*): en el *Uno (das Man)* —Uno que no es posible sin la referencia a la *mienneté*, puesto que es una modificación de ésta.

A partir de allí la cuestión es replanteada en términos más amplios: el Uno, en el que lo propio deviene en impropio, ¿es también un ser-para-la-muerte? Heidegger responde que huir, disimularse la muerte, es un modo deficiente que implica la positividad de un ser-para-la-muerte (p. 54). El Uno se caracteriza por el hecho de *charlar*, y su charlatanería (*Gerede*) es una interpretación de ese ser-para-la-muerte que es un huir-la-muerte, una distracción. Hay una afectividad especial que caracteriza esta huida, la angustia reducida a temor. La angustia deviene temor. La muerte deviene *caso* de muerte. Se muere, pero nadie muere. Los otros mueren, pero eso es un acontecimiento intra-mundano. Para Heidegger, la muerte del *Otro* es también un acontecimiento intra-mundano. La muerte es algo que puede producirse pero que por el momento no ha llegado. Uno muere, pero yo no, no aún. Es el lenguaje equívoco en el que el morir en su *mienneté* se convierte en un acontecimiento público neutro, en crónica periodística. El Uno disipa el carácter siempre posible de la muerte, confiriéndole la realidad efectiva de un objeto. Uno se consuela, como si uno pudiera escapar a la muerte. La vida pública no desea dejarse perturbar por la muerte, que ésta considera como una falta de tacto. “El Uno impide que el coraje de la

angustia ante la muerte haga su aparición”, dirá Heidegger: “*Das man lässt den Mut zu Angst vor dem Tode nicht aufkommen*”.

La *Stimmung* de la afectividad cotidiana es el temor ante el acontecimiento. El *On*, en su huida ante la muerte, habla de la necesidad y certidumbre de la muerte, pero esa certidumbre es solamente empírica, mientras que la certeza de la relación auténtica con la muerte es una certeza *a priori*, respecto a la cual la certidumbre empírica es una fuga. La muerte es una posibilidad absolutamente cierta; es la posibilidad que hace posible toda posibilidad.